

Temas de primavera

Invención de la primavera

Es la primavera accidente sutil del mundo y aunque la rueda perpetua de las estaciones le haga lugar sabroso entre la nieve fría del invierno y el calor triunfal de los veranos, no puede afirmarse en rigor que sea la primavera una estación del año. Pertenece, a los ojos de las gentes, al brote y poder de los corazones, al aire del cielo, a las aves y al sueño, sus más profundas y entrañadas raíces. Es la primavera como un amor y en su brevedad lleva la fortuna. Ni las astronomías más cabales logran explicarla. Viaja en la sangre de la tierra y amanece milagrosamente, para pasmo de las Europas, dos días después de San José. Su invención permanece en el misterio.

Una vieja canción irlandesa, nacida del ciclo hermosísimo del relato de las navegaciones de San Baladrán—el que levantó iglesias en la alta soledad del mar—cuenta cómo llegaron a Irlanda las primeras rosas, esas rosas de gules que en la armería francesa son la señal de antigüedad y nobleza de los Betran de l'Isle, rama menor de los señores marqueses de Villiers de l'Isle Adam. Fué la llegada de las rosas reinando en paganía el triste Galabán, cuyo nombre quiere decir «el que espera en las tempestades». Galabán amaba la soledad de su castillo, donde habitaban serpientes, lobos y pesadas aves de rapaña. Sus soldados, mercenarios del Donegal, asesinaban a todos los extranjeros. Un día asesinaron a una niña perdida en los bosques. De la sangre vertida nacieron las primeras rosas que vieron la luz en la tierra verde de San Patricio. De aquí pasaron a Bretaña, lugar donde nació la primavera.

Esta lejana canción abre lugar a una meditación considerable para la comprensión de la romántica caballerescas europea. La filología ha encontrado obstáculos insuperables en la investigación de los orígenes de la primavera, pero no así la fantasía, aun siendo sabiduría de más rígidas normas que cualquier otra ciencia. La primavera ha sido inventada por la romántica caballerescas medioeval y el apogeo de la construcción de su mitología corresponde a la estancia en Pervins de la alegre corte de los señores duques de Champaña. El carácter inicial de la invención es el valor humano concedido a la primavera, su identificación con la alegría, con los bellos rostros y los gentiles ademanes, el silbo de las aves y los torneos de los héroes, el amor y la muerte. ¡Oh las grandes muertes de los caballeros andantes en los campos floridos de los primeros mayos!...

Describe minuciosamente un relato hispano-arábigo, muy en moda en la Córdoba del siglo XI, cómo la princesa Moraima probó, en tierras de cristianía, su condición real. Tan desgarrada de vestidos y desaliñada de hermosuras llegó Moraima a la corte extranjera, que nadie creyó era princesa. La reina cristiana decidió someterla a una prueba de resultados indiscutibles.

El abanico retorna

La Moda—siempre tornadiza—impone esta primavera la vuelta del abanico. Esta prenda tan femenina, poderosa arma de coquetería en las bellas del siglo pasado y hoy día relegada al olvido, ¿volverá a servir, en las manos de nuestras muchachas de hoy, para sus dulces coloquios?

He aquí el lenguaje del abanico, verdadero correo amoroso a través de los tiempos.

EL ABANICO CERRADO en manos de la dama, significa: Soy muy joven todavía, no quiero amores.

LIGERAMENTE ENTREABIERTO: ¿Por qué no se acerca? Estoy dispuesta a escucharle.

ABIERTO COMPLETAMENTE: No puedo escuchar sus galanterías; estoy comprometida.

SE ABANICA PAUSADAMENTE: Cuidado, hay que disimular, mamá nos vigila.

DEJA CAER EL ABANICO AL SUELO: Venga usted inmediatamente; le aguardo impaciente.

ABRE Y CIERRA EL ABANICO RAPIDAMENTE: Su conducta es incalificable. Todo ha terminado entre nosotros.

DEPOSITA EL ABANICO JUNTO A ELLA: Tengo que hablarle; busque una ocasión propicia.

SE ABANICA NERVIOSAMENTE: No me importe usted más con sus asiduidades; no puedo corresponderle.



Mandó que le hicieran cama de siete colchones y bajo aquel castillo de plumas colocó un guijo como un garbanzo. Cuando Moraima se metió en el lecho, conoció al punto que bajo los siete colchones había un duro y molesto objeto, con lo cual probó claramente la verdad de su estirpe real. Este relato moro es cien años anterior a la historia de los viajes de Genesilda, la princesa dorada de Normandía, que hallándose en trance parecido al de Moraima probó su ser de princesa pinchándose un dedo y tiñendo con una única gota de sangre todos los rosales blancos de Borgoña... Entre relato y relato está la invención de la señora primavera. Véase, pues, qué estupenda cosa ha sido su aparición.

La primavera es júbilo y explosión de todas las estancias terrenales. El cielo se hace más alto, el mundo más redondo, más blancas las estrellas y más raudal el agua. Nuestra Señora obra en mayo sus milagros más aparentes y probando la excelencia del tiempo primaveral sólo queda decir que cuando en la vieja piel de Europa florecen los campos, un otoño de cristal enredoma las islas perpetuamente tibias de los antípodas.

En primavera se acostumbran a contraer las más turbulentas pasiones de amor.

ALVARO CUNQUEIRO.

